

Versión española
Aamulehti (periódico de la mañana) 30.7.2006

Falo nos condujo al lado más melódico del flamenco

Falo y su grupo

Teatro de Tampere 29.7.2006

La homogeneidad es terrible, también en música, con un resultado aburrido que puede anticiparse fácilmente. La variedad es la sal de la vida.

La Semana Flamenca de Tampere ofreció el viernes un excelente ejemplo de esto último. La estrella de la noche era totalmente opuesta, estilísticamente y como persona, a Diego el Cigala, protagonista del festival del año pasado, aunque los dos beben de la misma y antigua tradición gitana y tienen una potente sensibilidad a flor de piel.

Mientras El Cigala, con aspecto de carismático capitán pirata, presionaba su voz hasta ponerse ronco, con peligrosa pasión, Rafael Jiménez Falo parecía un apacible hombre de campo con su traje y su flequillo, y se deleitaba en matices melódicos sin ninguna presión innecesaria y sin romper la voz ni una sola vez. Mientras interpretaba los cantes más lentos al principio de la actuación, empecé a preguntarme si se sentiría menos cómodo con los más rítmicos.

Pero no fue así. Falo hizo explotar la sala con los primeros grandes aplausos de la noche por parte de una audiencia llena de aficionados al interpretar el primer cante más movido, de ritmo marcado, emocionante y energético. A partir de este momento, el artista selló su conexión con el público y el ambiente se volvió notablemente más intenso.

Este cantaor de aspecto apacible, que ha vivido tiempo en Nueva York, representa a un tipo de minoría flamenca: los gitanos que emigraron de Andalucía al norte de España para trabajar. Es originario de Oviedo, Asturias, y hace lo que debería hacer un artista de verdad: incorpora al repertorio flamenco cantes de su tierra, además de que también ha estudiado canto clásico.

Comenzó la noche con un pregón de frutas a ritmo de bulería. Después llegaron los aires del sur: las cantiñas de Cádiz y las alegrías de Córdoba. La guajira reflejó el múltiple intercambio cultural que ha estado yendo y viniendo entre Cuba y España, lo cual demostró de nuevo que la interacción a todos los niveles es un elemento esencial de cualquier música. Las bulerías asturianas que cantó las aprendió directamente de su abuela, y la montañesa era también una antigua canción asturiana.

La interacción estaba magníficamente presente en la comunicación que existía dentro del grupo de Falo. Si el líder parecía estar más intensamente en contacto con Canito, su guitarrista, de impresionante y poderosa madurez y sensibilidad a borbotones –sin jactancia alguna–, su mano derecha era definitivamente Daniel Suárez, que seguía a la guitarra como una sombra con su cajón. Hay que decir que el djembe y los címbalos los usó poco.

El experto jazzista del grupo, Pablo Suárez, prefirió acordes audaces que deslizó aquí y allá, sin abusar. El pulso del grupo lo llevaban las palmas, como es usual en flamenco, con un estilo muy discreto de Ana Romero.

El efecto dramático, con un toque de humor, lo puso el bailar Manuel Liñán al final de la actuación con su soleá, en la que se deslizó lentamente a lo largo y ancho del escenario antes de desembocar en un final de rítmica deslumbrante.

¡Una noche estupenda en todos los sentidos!